

sencillez, por el estilo grandioso de sus períodos, por la fijeza casi inmutable de sus fórmulas. Es el estilo que corresponde a la actitud que exige del cristiano la grandeza de un acto en el cual llega a enmudecer la voz humana, para que se oiga solo la voz de Cristo en la realización de la acción sagrada, de la cual las preces no son más que la atmósfera, la vibración, la irradiación, la vestidura y el comentario y manifestación exterior. En esa acción está esencialmente la Misa, que es oración ciertamente, que es fórmula fija impuesta por el mismo Cristo, pero que es más misterio operante, henchido de la virtud de Dios.

Y como acción tiene un doble aspecto, que no debemos olvidar, si queremos comprender esta parte central de la Misa. Es una obra celeste y una obra terrena, una obra envuelta en el esplendor divino que le viene de Cristo y al mismo tiempo impregnada de una perfección relativa, cambiante y fluctuante, que le viene de ser nuestra obra. De aquí un doble valor, cuya consideración es necesaria, si queremos comprender pasajes difíciles, iluminar oscuridades y armonizar contradicciones aparentes.

LO QUE PONEMOS NOSOTROS

Hay un valor que le viene de los que ofrecen, y otro que la acción, la oblación tiene en sí misma. Los oferentes somos nosotros, y aquí encontramos el origen de una deficiencia deplorable, de una radical imperfección, puesto que decir nosotros es decir negligencia, tibieza, egoísmo y con frecuencia incomprensión y pecado. Afortunadamente, el pecador no ofrece sólo, sino dentro del cuerpo místico de Cristo, es decir, dentro de la Iglesia, su Esposa, a la cual El purificó, para hacerla santa y perfecta oferente. Es preciso tener esto presente para no forjarse una imagen pesimista de esas Misas dominicales, en las cuales los niños enredan, los jóvenes hablan, las mujeres miran los sombreros de sus vecinos y los hombres aguardan impacientes a que ter-

mine el acto para lanzarse a la calle. Aun en aquellos que no ofrecen signos externos de distracción, de disipación, de impaciencia o de aburrimiento, ¡cuánta ignorancia, cuánta flaqueza, cuánta frialdad, cuánta incomprensión y cuánta rutina! Parece como si allá en el altar Cristo volviese a pronunciar aquellas palabras que dijo en el desierto: *¡Misereor super turbam!*

Y, no obstante, todos son admitidos a participar en el sacrificio; a todos invita la Iglesia, más aún, a todos impone la obligación de asistir; sin olvidar por eso la disposición distinta de cada uno, declarando paladinamente que Dios conoce la fe de cada uno, que su misericordia está allí como en piadoso acecho observando y mirando la actitud fervorosa y la falta de fervor, el amor rendido o la presencia obligada: *quorum tibi fides cognita est et nota devotio*. Perdida en la muchedumbre está el alma de los esfuerzos heroicos y el corazón agitado por el vendaval de las pasiones, el santo y el pecador, el arrepentido que se esfuerza por romper los lazos de la costumbre inveterada, y el pusilánime cómodamente entregado a las miserias de la impotencia humana. Es el misterio de la gota de agua que viene a juntarse al vino con gesto de humildad, el óbolo insignificante de la vida asociado a un tesoro de grandeza infinita. La Misa abre sus brazos a todas las formas de la flaqueza humana, y se enriquece con todos los esfuerzos del amor. La ofrenda de Cristo oculta y borra la escoria de nuestra ofrenda, que no encontrará otro momento más propicio para comparecer ante la presencia del Padre y para obtener la lluvia de las gracias y de las misericordias. Hay, evidentemente, diversos grados de fervor; y sin duda, las gracias y los favores serán también diversos. Mas, ¿qué ley presidirá a la dispensación del maná divino?, se pregunta un liturgista. Sólo Dios podría contestar: «El amor corresponderá al amor; la piedad, a la angustia; sin que debamos aguardar el ejercicio de una justicia rigurosa, porque hay una voz dis-